

Luis del Val

Reunión.
de *amigas*

VI PREMIO **JOÑO** DE NOVELA
GRUPO

algaida

Un jurado presidido por Albert Boadella y compuesto por Ángel Basanta y Pedro Ugarte designó a la novela *Reunión de amigas*, de Luis del Val, ganadora del VI Premio Logroño de Novela, convocado por el Ayuntamiento de Logroño, la Fundación Caja Rioja y Algaída Editores (Grupo Anaya).



© Luis del Val, 2013
© Algaída Editores, 2013
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-869-4
Depósito legal: Se. 337-2013
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*A Ernesto Sáenz de Buruaga,
que nació y creció a orillas del padre Ebro.*

ÍNDICE

PRIMERA PARTE. (La exposición)

[Fragmento del primer archivo...]	15
Chon, la anfitriona	21
[Fragmento del segundo archivo...]	25
Gracia	31
Almudena	39
[Fragmento del tercer archivo...]	45
Gracia	51
Chon	71
Almudena	79
[Fragmento del cuarto archivo...]	85
Gracia	89
[Fragmento del quinto archivo...]	99
Chon	105
Almudena	115
Gracia	121
[Fragmento del sexto archivo...]	125
[Fragmento del séptimo archivo...]	137
Gracia	143
[Fragmento del octavo archivo...]	147
Almudena	155

Almudena	163
Chon	167

SEGUNDA PARTE. (El nudo)

1	183
2	187
3	191
4	197
5	199
6	203
7	213
8	217
9	223
10	229
11	233
12	237
13	245
14	251
15	255

TERCERA PARTE. (El desenlace)

16	259
17	267
18	277
19	283
20	291

21	297
22	309
23	313
24	317
25	323
26	329
27	333
Epílogo.....	341

PRIMERA PARTE
(La exposición)

[FRAGMENTO DEL PRIMER
ARCHIVO DEL *PENDRIVE* DE MARTA]

LOS HOMBRES, CUANDO PASEAN A SUS NIÑOS O A SUS perros, suelen mostrar una expresión aburrída. Por el contrario, cuando las mujeres pasean a sus niños o a sus perros, conforman un semblante absorto que, en un determinado instante, se llena de luz y de vida ante cualquier expresión de su cachorro.

Casi todos los días, por la tarde en invierno y al anochecer en verano, bajo a una especie de parque que algún candidato municipal concibió en época de elecciones como lugar de solaz y esparcimiento, y que ahora sólo sirve para sedimentar excrementos de perros. Allí observo las caras de esos hombres que a menudo exhiben un matiz cilicial, como si quisieran proyectar sobre los transeúntes el sacrificio que asumen paseando al perro o al niño, mientras que las mujeres parecen caminar envueltas en un aura virtual que las aísla de todo, e incluso las defiende del aburrimiento de sus congéneres masculinos.

Naturalmente, sólo se trata de una generalización. Y las generalizaciones son injustas con los individuos...

[...]

He comenzado a escribir este diario que nadie leerá nunca porque necesito explicarme lo que sucede y, sobre todo, lo que me ha sucedido. Y he querido, a propósito, hablar de hombres y mujeres, porque si alguien pudiera leer estas primeras líneas, nunca podría adivinar de una manera certera si quien las ha redactado es hombre o mujer.

Llevan varias docenas de años viragos y machistas, filósofos y psiquiatras, intentando establecer las diferencias medulares y extrínsecas entre hombres y mujeres, y bastan unas pocas líneas redactadas en la pantalla de un ordenador para que nadie sepa el género al que pertenece el autor... o la autora.

Hace un par de años leí una novela que me sorprendió. La verdad es que últimamente no leo mucho: dejé de interesarme por la lectura cuando me despacharon del instituto donde daba clases de Literatura. Nadie movió un dedo. Ni los profesores neutrales, ni los sindicalistas, ni los que llevan el carnet del partido en la cartera con la esperanza de que un día los llamen para ser asesores del Ministerio de Educación, y puedan llevar a cabo la centésima reforma educativa, para que todos sepan lo alto que puede quedar el culo de un ministro.

Porque esta sociedad sólo se preocupa de los individuos que cagan más alto: en la riqueza, en el deporte, en la política, en la corrupción... A los científicos se les considera que cagan muy alto cuando han descubierto algo que es fácil de comprender. Si el científico ha dado un paso gigantesco en un aspecto fundamental de la física cuántica, pero su explicación no puede ir acompañada de ejemplos didácticos con verbigracias al alcance de un forofo deportivo, entonces tampoco se puede decir que su culo deba ser tomado en consideración.

Releo lo escrito y se me ocurre que quizás no resulte muy frecuente que alguien que ha impartido clases de Literatura en un centro educativo de prestigio se refiera con tanta frecuencia a los culos y sus productos derivados, pero hace tanto tiempo que dejé la pedagogía, que la ortodoxia me produce el mismo respeto que la rueda de prensa de cualquier ministro de Educación.

[...]

Decía que me sorprendió una novela. Se trataba de un triángulo amoroso, el vulgar triángulo amoroso entre una pareja y el amigo del marido. Lo que convertía la novela en sorprendente era que sólo hacia la mitad de la narración, contada en primera persona, se descubría que el matrimonio era de raza negra y el amigo del marido de raza blanca. Sólo entonces los misteriosos detalles, las dudas enigmáticas y los diálogos casi surrealistas comenza-

ban a encajar en el desordenado puzle, y la discriminación se volvía nítida y deslumbrante.

Pero esto no es una novela, sino un diario que nadie va a leer, a no ser que un día pierda el *pendrive* que casi siempre llevo conmigo, y alguien acabe encontrándolo y sienta curiosidad por su contenido. Claro que, para cuando eso suceda, puede que ya esté en la cárcel, me haya suicidado, o hasta es posible que haya optado por comprarme una nueva identidad.

Digo lo de la cárcel porque hay días que pienso en la posibilidad de convertirme en una asesina de maridos en serie, e incluso sopeso las probabilidades de éxito con un intento de frialdad, y otros en los que me echo a llorar por no tener un marido como muchas de mis amigas, alguien a quien mendigar un abrazo, aunque fuera uno de esos achuchones etílicos que suelen prodigar los hombres a los amigos en las cenas de los viernes.

¡Las cenas de los viernes! Debería existir una eximente parcial si alguna esposa asesinara a su marido después de la cena de los viernes. No me atrevo a decir una eximente total, porque eso sería algo así como levantar la veda del marido, pero hay que reconocer que no tendría que ser lo mismo asesinar al marido en la luna de miel, o el día de la primera comunión de la niña a plena luz del día, que cometer un homicidio en la madrugada del viernes, cuando la esposa está ante el fregadero, con todas las encimeras llenas de copas y platos sucios, y el marido le comenta que la carrillera de ternera estaba un poco pasada de sal.

La mujer se ha descalzado los zapatos de tacón, pero sigue con las medias puestas y el vestido casi de cóctel debajo del delantal, y empieza a zumbarle en la cabeza un cabreo sordo porque se ha pasado día y medio preparando la cena, y es entonces, mientras sujeta en la mano la fuente de los espárragos —puro caolín, según recuerda las palabras del vendedor—, cuando se convence de que acertaría en lanzarla sobre la frente de ese imbécil con tan poca sal que añora los saleros... Pero todavía hay un resquicio de serenidad, que ha sobrevivido a las tonterías de la aburrida velada, y el marido salva la vida por una décima de segundo.

[...]

¿Por qué se casan las mujeres? Cualquiera me recordaría la ancestral llamada de la reproducción de la especie, pero ahora basta una cierta independencia económica para que puedas acudir a un banco de semen y encargar un niño de diseño. No, no me refiero a eso, sino a por qué se casan con «sus maridos». Cómo es posible que ese tipo que suspira y jadea delante del televisor, ante un partido de fútbol, les haya parecido alguna vez Harrison Ford, cuando nunca ha habido en su familia ningún arca perdida, y su padre, es decir, el suegro de todas ellas, nunca es Sean Connery, sino funcionario y micólogo, que hay que echarle mucha imaginación para imaginar que un paseo con una cesta por un pinar en busca de níscalos sea una aventura apasionante.

Además, no se trata de un problema puntual, particular y extraordinario, sino que repaso a los maridos de mis amigas, y no encuentro ninguna razón objetiva para que una tía medianamente inteligente se sintiera un día enamorada de su actual marido, nerviosa por no saber qué ponerse antes de ir a una disco en la que nadie se va a fijar en lo que llevas, salvo en lo que salga del vestido, sean piernas, brazos, o el ondulante y suave inicio de las tetas. Jamás un hombre me ha dicho que llevaba una blusa bonita, o unos pantalones agraciados, o una cazadora graciosa. Bueno, el propio término *gracioso* o *graciosa* es una palabra exclusivamente femenina, y las mujeres lo empleamos lo mismo para calificar el ambiente de un restaurante que el aspecto de un bolso, mientras que para los hombres *gracioso* tiene que ver con los chistes y los cómicos, y da igual que sean de letras, porque la etimología de «dotado de gracia» se les ha olvidado.

Un marido nunca le hablará a su mujer de la ropa que lleva puesta, y los demás maridos tampoco, porque están calculando las proporciones que tiene lo que oculta la ropa; y eso sólo si acaban de conocerla, porque si la mujer pertenece al círculo habitual, ya podría vestirse de fallera valenciana un día de agosto en Marbella, que tampoco les llamaría la atención.

CHON, LA ANFITRIONA

—¿Y NO PUEDO BAJAR A LA REUNIÓN? —PREGUNTA el niño.

—No. No puedes. Es una reunión de chicas —contesta Carla, antes de que lo haga su madre.

—¿Y mi padre, tampoco? —insiste el niño.

—Juan está de viaje —explica la adolescente—, o sea, que es imposible.

A Chon, la madre de los dos, no le pasa inadvertido que su hijo habla de su padre, mientras su hija se refiere a Juan como su padrastro, e intenta evitar esa comezón del sentimiento de culpabilidad, siguiendo las recomendaciones del psicólogo.

Si un psicólogo sirve para algo, es para quitarnos el sentimiento de culpabilidad, de la misma manera que los sacerdotes sirven para impartir la absolución de los pecados. En realidad trabajan en el mismo sector, pero hay que

reconocer que los sacerdotes son más baratos y los psicólogos más liberales.

Juan fue quien le aconsejó que acudiera al psicólogo cuando la hoy adolescente comenzó a sacar malas notas, y como se juntó todo —el divorcio, el abandono de la religión, el matrimonio con Juan y las malas notas— no era complicado establecer paralelismos entre curas y psicólogos.

—¿Y de qué vais a hablar? —insiste el niño, con esa fijación infantil tan persistente cuando las respuestas no aclaran sus dudas.

—De maridos. Las mujeres cuando se reúnen hablan de maridos —dice la adolescente con esa seguridad ingenua de los quince años.

—Es una reunión de amigas, no de mujeres —accede a complementar la madre, intentando por todos los medios no llevarle la contraria a su hija.

—Pues eso —repite la muchacha—, reuniones de amigas para hablar mal de los maridos.

Chon no quiere enfrentarse en una dialéctica inútil, pero tampoco puede admitir que su hija se acostumbre a imponer su criterio.

—Las mujeres somos personas, y las personas hablan sobre muchos asuntos... Hablan de lo que piensan, de cine, de las cosas que ocurren, de la familia...

—La familia son los maridos —insiste la adolescente.

Chon ahoga un suspiro de paciencia, con un golpe de muñeca vuelve la tortilla francesa para que se dore le-

vemente su reverso y, a continuación, la coloca sobre el plato del niño.

—Casi todas las noches como tortilla francesa —refunfuña su hijo.

—Todas, todas las noches del año tienes comida, cosa que no pueden decir millones de niños —apunta Chon

—¡Jo, mami, no empieces ahora con el rollo ese de los niños de África! —protesta la adolescente.

—Los de África, y los de Pakistán, y los de la India, y hasta los de algunos barrios de Brasil, de Perú, de Venezuela... —insiste la madre.

—¿Tú sacabas buenas notas en *Cono*? —inquire el niño, ante tamaña exhibición de lugares del planeta.

—Sí, la verdad es que sí —responde ella cuando por fin descifra el apócope y advierte que su hijo se refiere a esa asignatura ampulosamente denominada «Conocimiento del Medio», y añade con un punto de nostalgia—. En aquella época se llamaba Geografía.

Y le asaltan la memoria los inquietos días del bachillerato y la adolescencia, la aparición de Gracia, que venía de Bilbao porque a su padre lo habían trasladado en uno de los ascensos a Madrid, las interminables confidencias, las relaciones cortas, la inseguridad constante a la hora de vestirse, el refugio del uniforme del colegio que por un lado odiaba, pero por otro le evitaba discusiones con su madre y vacilaciones sobre las prendas que elegiría. Es más, casi es una obligación terapéutica recordar que su

hija Carla, la hija de su primer matrimonio, tiene ahora la misma edad que tenía ella misma cuando conoció a Gracia.

—¿Viene tía Gracia? —pregunta la adolescente.

Gracia no es tía de ninguno de los dos, pero estuvo cerca de ellos desde que nacieron, y en realidad la ven con más frecuencia y le tienen más afecto que a sus verdaderas tías, las hermanas y hermanos de su madre o de sus respectivos padres.

—Sí, vendrá —informa la madre—, pero tenemos muchas cosas de las que hablar. Un beso y desaparecéis.

—¡Jamalají, jamalajá! ¡Desaparecidos! —parodia el niño, como si fuera un mago que vio no hace mucho por televisión.

Chon piensa que, en ocasiones, sería maravilloso poder hacer que desaparecieran sus hijos, sobre todo en noches como la de hoy en la que ha accedido a organizar una reunión muy especial en su casa. Desde hace un mes, Chon no ha dejado de darle vueltas en la cabeza: tantas veces se ha arrepentido y tantas veces la han convencido de que su casa era el lugar más seguro, que no ha dejado de sentirse inquieta y nerviosa durante toda la semana: definitivamente, lo suyo no es organizar esta clase de conspiraciones. Y la única certeza que tiene al respecto es que no desearía, bajo ningún concepto, que de repente aparecieran los niños y descubrieran a un grupo de mujeres enfrascadas en semejantes menesteres.